

José Sánchez Conesa

Las carreras de cintas a caballo

Identidad y pervivencia en el Campo de Cartagena

Resumen: Algunos amantes de las tradiciones, llevados por su fascinación estética animan en reiteradas ocasiones a impulsar una campaña de recuperación de las carreras de cintas a caballo en el Campo de Cartagena. Lamentamos que la Administración y las comisiones de fiestas no sean sensibles a un hecho cultural tan nuestro que vincula el presente al pasado, el individuo a la comunidad. Especialmente cuando asistimos con frecuencia a numerosas revitalizaciones y refuerzos de otras manifestaciones del ritual festivo, precisamente por su capacidad de integración comunitaria y su potencialidad turística. Pretendo en las siguientes líneas realizar una breve aproximación histórica a los orígenes medievales de la fiesta, una apresurada revisión bibliográfica de textos relevantes, junto a un somero repaso de la geografía de su realidad contemporánea.

Palabras claves: Tradiciones, carreras, cintas, caballo, cortejo, Campo de Cartagena.

Abstract: Some lovers of tradition, inspired by their admiration, repeatedly aim at propelling a campaign to recover horseback ring races in the Cartagena countryside. It is a pity that the administration and the festival commissions do not protect a cultural event so proper of us, that links us from the present to our past, from the individual to the community. Specially when we frequently witness many revitalisations and struggles to revitalise other manifestations of festivity-related rituals, precisely because of their capacity to integrate communities and to add turistic value. I aim in the following lines to approach historically the medieval origins of this festivity, and to briefly revise the most relevant bibliography on the matter as I proceed to look at the geography of this contemporary reality.

Key terms: Traditions, races, ring, horse, courtship, Cartagena contryside

Orígenes medievales

Muchos autores parecen coincidir en el origen medieval de las carreras de cintas a caballo, pues los torneos formaban parte de las fiestas cortesanas, cívicas e incluso populares de Europa, tanto por su condición de magnífico espectáculo como por suscitar la sociabilidad y ser ámbito perfecto en el que los caballeros ejercían y mostraban sus habilidades. No cabe duda que de entre estas recreaciones de armas, como eran los torneos, las

justas, los juegos de armas y los alardes caballescros, será el juego de la sortija la competición que guarde mayor semejanza con las actuales cintas a caballo. Consistían en lanzar el caballo a galope con dirección al lugar donde pendían dichas sortijas con el objetivo de ensartarlas con la lanza que portaba el participante¹.

Todas estas manifestaciones suponían un entrenamiento para la guerra y en nuestra zona sirvieron para prepararse ante las numerosas eventualidades que provocaban los ataques de los

(1) Las fotos de este trabajo han sido cedidas por Manuel Muñoz Zielinski. Pueden consultarse al respecto del caso regional obras como las escritas por Molina Molina, A.L., 1987, *Vida cotidiana en la Murcia bajomedieval*. Edita la Real Academia Alfonso X El Sabio. Murcia. Capel Sánchez, J.J., 2000, *La vida lúdica en la Murcia Bajomedieval*, publicada por la misma institución. Bajo la dirección de Montes Bernárdez, R. 2008, *Orígenes de los juegos en la Región de Murcia*, escribe Muñoz Zielinski, M., el trabajo *Alardes de caballos y carreras de cintas*, pp. 127-137. Muñoz Zielinski, M., 2005, *Fiestas y Costumbres*. Editan Comunidad Autónoma de Murcia, CAM y Festival Internacional de Folklore. Con textos del autor Carmelo Tomás Loba.



piratas norteafricanos, así como las incursiones procedentes del reino nazarí de Granada, antes de su caída en 1492.

La proximidad a la costa de buena parte de la región se convirtió en factor negativo para los escasos pobladores por cuanto suponía una fuente de peligro debido a las *razzias*, la irrupción de flotas enemigas y la propagación de epidemias. Durante los siglos XVI y XVII el litoral sufrió el avance del Islam, evidenciado en la inquietante presencia de la flota turca y los persistentes corsarios berberiscos, aún después de desaparecer el reino de Granada. Factores que se unían a la aridez del suelo y a la escasez de precipitaciones para desincentivar la ocupación humana de un territorio tan adverso. En ese contexto de sociedad frontera, generadora de un hombre curtido en la batalla, puede explicarse que los alardes de caballería supusieran algo más que el mero entretenimiento, sino la evocación del combate mismo, el necesario entrenamiento para afrontar con eficacia las labores de la requerida defensa.

Muñoz Zielinski ha investigado la prensa regional exponiendo numerosos ejemplos de estos ejercicios que ya entre los años 1894 y 1902, periodo estudiado por dicho autor, ofrecían una

nueva significación: un juego de cortejo amoroso, un rito de paso para el mocerío y una cita ineludible en las fiestas patronales del lugar. Nos llama la atención que ya por entonces comenzaban en algunos sitios a ser sustituidos los caballos por las bicicletas y en otros a alternarse. A partir de los años 50 del siglo XX irrumpirán las motocicletas como vehículo de moda entre los otrora caballistas, razón unida a la menor disponibilidad de equinos ante el avance de la maquinización de las labores agrarias. Lamentablemente, en la mayoría de las poblaciones desaparecieron hace muchas décadas todas las modalidades. Según nuestras pesquisas en el momento presente constituyen Pozo Estrecho y Dolores de Pacheco, de los últimos enclaves en mantenerlas. En La Unión, sólo se disputan en motocicleta.

La prensa relata² que en La Palma fueron requeridas las cintas por jóvenes de los barrios cartageneros de Los Dolores, San Antón y Pozo Estrecho, quienes obsequiaron a las señoritas que componían la presidencia con dulces en el casino. Amenizó la banda del sr. Lledó, prosiguiendo la fiesta en el casino. Este dato resulta ciertamente revelador al mostrarnos con todo lujo de detalles el ritual del cortejo amoroso.

(2) *Las Provincias de Levante*, 19-3-1902.

Los casados no podían participar, no ya por los supuestos celos de la esposa, ya que el ganador besa a una de las mozas que en el palco componen la corte de honor, popularmente conocidas sus integrantes en la comarca de Cartagena como las “presidentas”. La muchacha le impone, cogido con alfileres, un enorme pañuelo de seda bordado con motivos florales de vistosos colores. Los ganadores se convertían en coleccionistas que guardaban el tesoro de los pañuelos como culto al triunfo propio. Incluso aquellos que acumulaban el necesario número de ellos lo entregaban a sus madres, o posteriormente a sus esposas, para que confeccionasen una colcha para el lecho conyugal.

Al igual que podemos asistir a escenificaciones costumbristas como la trilla, labor agrícola que dejó de practicarse hace décadas, la carrera de cintas tienen mucho de recreación cuando faltan los argumentos funcionales que las alentaban, tal y como estamos sosteniendo: la preparación para la defensa y el cortejo amoroso. Veamos ahora esas dos motivaciones plasmadas en la obra literaria que con mayor amplitud de detalles ha descrito una carrera de cintas a caballo.

Gustos y disgustos, un primer retrato

Una peculiar novela de raíz italiana, la aludida *Gustos y Disgustos del Lentiscar de Cartagena*³, refleja una época histórica que sigue moviendo a la fábrica de soberbias torres o casas fuertes y a la llamada fiesta de caballos, en la que los labradores galantean a las zagalas con esos juegos de lucimiento. Nos detendremos en la descripción densa que tal obra nos ofrece, al presentarnos innumerables datos que permiten evidenciar pervivencias y mudanzas de la carrera.

Pero antes debemos anotar que El Lentiscar es una diputación perteneciente al municipio de Cartagena, cuya principal población es La Puebla. Su territorio es básicamente agrario, aunque muy transformado en la actualidad debido a los aportes hídricos del trasvase Tajo-Segura y de los acuíferos subterráneos de la zona.

Gustos y Disgustos es una peculiar novela de ideología nobiliaria, hegemónica entonces, que va encadenando una serie de aventuras y desventuras. Los personajes pertenecen, por tanto, a clases de alta alcurnia, hidalgos, caballeros y damas, aunque no faltan como contrapunto los

labradores del paraje. De hecho, el protagonista pertenece a uno de los grandes linajes de la región: Los Fajardo. Como bien cuenta Francisco Henares en su *Manual de Historia de Cartagena*⁴: “(...) el galanteo, el juego amoroso recogerá la no perdida tradición medieval”, donde la dama es protagonista de justas y torneos en un canto a esa vida cortesana. Presenta una estructura de cuadro o estampa en la que a un gusto corresponde un disgusto, con una estilística decadente, tediosa. Desbordada prosa que empacha.

Cuenta Campillo de Bayle que, al atardecer del día de San Juan, en las inmediaciones de la ermita a ese santo dedicada, veinte caballos enjaezados son conducidos por jinetes deseosos de mostrar sus destrezas, corriendo en veloz carrera para capturar las cintas. Estos caballeros adornan sus sombreros con lazos de variados colores mientras aguardan el comienzo, que principia con la copla del músico pulsador de un arpa. Suponemos que improvisa los versos: “Hoy se pinta la ventura, / Zagales del Lentiscar, / En la suerte del color, / Que dio la felicidad”.

La acción que se va sucediendo es comentada por el músico que cantó esta copla: “A quien le cayó lo verde, / Sepa merecer lo más; / Que la esperanza está en quien / tiene para qué esperar. Relata Campillo de Bayle que en ocasiones eran las doncellas quienes comentaban con sus cantos el color tocado en suertes a los concurrentes.

En el desarrollo actual de estos singulares festejos siguen presidiendo las bellas del lugar, a veces subidas en el remolque de un camión o desde un palco, casi siempre engalanado con la bandera española, palmas o mantones de Manila. No se escuchan coplas comentando lo acontecido pero cuando un caballista enhebra la anilla con su puntero recibe los aplausos del respetable congregado, mientras suenan las notas de un pasodoble a cargo de un pequeño grupo de músicos pertenecientes a una banda. Este tipo de instrumentos producen un mayor volumen sonoro en espacios abiertos que los ocasionados por los de cuerda. Los lances tienen lugar en el descampado más cercano a la población.

Un mapa actual

Que lejos estamos de la situación descrita por Ginés García Martínez en su monumental obra *El*

(3) Campillo de Bayle, G. 1949. *Gustos y Disgustos del Lentiscar de Cartagena*. Gráficas González. Madrid.

(4) Henares Díaz, F. 1988. *Manual de Historia de la Literatura en Cartagena*. Edita Ayuntamiento de Cartagena. p.71.



*habla de Cartagena*⁵. En ella recoge el cronista de Cartagena información referida a los años finales de los 50 del pasado siglo xx, indicando que las carreras de cintas se organizaban en las tres zonas del territorio: agrícola, minera y marinera, siendo el principal festejo para chicos y mayores.

En su breve descripción de la fiesta del galanteo no olvida a la banda de música, las mozas que bordan los grandes pañuelos de crespón de seda o bandas con flecos, ni la tribuna desde donde presiden el acto. Advierte don Ginés, que las carreras de *sintas* a caballo son las auténticas, pero también en bicicleta. Incluso las celebran los niños que las corren sobre una caña, a veces en uno de sus extremos rematada por una cabeza de caballo de cartón.

Ciertamente la situación es lamentable como veremos en una apretada y poco exhaustiva relación del estado de la cuestión en distintas entidades de población. Mapear toda la comarca sería una rigurosa labor de investigación que excede la pretensión del artículo presente.

El fin del campesinado

La sociedad campesina se ha venido transformando aceleradamente desde las últimas décadas del pasado siglo xx, con profundos cambios que afectan a dimensiones fundamentales como la economía, la sociedad y la cultura. Las políticas supranacionales de instituciones como la Unión Europea o la UNESCO, intentan paliar la constante destrucción del patrimonio rural, debido en gran medida a los procesos de urbanización que son consecuencia, no solo de los trasvases de población del campo a la ciudad, sino a la introducción creciente de estilos urbanos en el medio rural.

Los campesinos han pasado a convertirse en empresarios agrícolas, empleando en la acometida de sus funciones las más modernas técnicas de la gestión y el uso de las últimas herramientas tecnológicas. Baste visitar alguna Sociedad Agraria de Transformación (SAT) que encontramos en abundancia en la comarca para advertir de súbito que sus modernos almacenes son auténticas cadenas de producción industrial. Pequeños agricultores, e incluso antiguos jornaleros, han pa-

(5) García Martínez, G. 1986. *El habla de Cartagena. Palabras y cosas*. Edición de la Universidad de Murcia y Ayuntamiento de Cartagena. Para muchos de sus lectores algo así como la biblia de la etnografía comarcal. Se trata de una tesis doctoral que aborda el habla local y la cultura material e inmaterial del Campo de Cartagena que dirigió el profesor Manuel Muñoz Cortés.



sado a ser empresarios del medio rural con gran poder adquisitivo, exhibido en ostentosas mansiones, mientras se deja caer la casa de los abuelos.

Los obreros ya no se parecen a aquellos jornaleros de antaño, son trabajadores de una gran diversidad étnica y cultural procedentes en su mayoría del norte de África y América del Sur, pues como manifestó un empresario: “Los españoles ya no saben trabajar la tierra”.

Se tratan de comportamientos reveladores de nuevas cosmovisiones que en nada se asemejan a las que sustentaban sus mayores. Junto a ese fenómeno de disolución del mundo campesino tradicional, observamos cómo se vienen reivindicando elementos culturales que hace unos pocos años fueron minusvalorados y que ahora se presentan como señas de identidad comarcales. Pensemos en los mencionados molinos de viento, las escenificaciones de labores desaparecidas como la trilla, la fiesta de la trashumancia en El Algar (Cartagena), o la creación de museos etnográficos en las localidades de Los Puertos de Santa Bárbara (Cartagena) y Roldán (Torre Pacheco).

En definitiva, un mundo más imaginado que vivido, antes rechazado, que no responde ya a la realidad presente pero que en gran medida se presenta como idílico, virtuoso e incontaminado. Asistimos al uso de algunos rasgos del pasado

que se emplean en marcos económicos, sociales y culturales que ya nada tienen que ver con los originarios, siguiendo procesos de *patrimonialización* que protagonizan personas que, en la mayoría de los casos, ya no viven de la agricultura.

Se persiguen objetivos tales como el desarrollo del turismo rural, la reivindicación de una cultura propia por parte de asociaciones vecinales pertenecientes a pueblos que dependen de un municipio cuya capital radica en la ciudad. Estos vecinos blasonan el “hecho diferencial” en procesos de segregación municipal como fue el caso de El Algar y de varias entidades de población de la zona norte del municipio cartagenero. Y por qué no decirlo, a unos y a otros les mueve, en gran medida, la nostalgia de un tiempo ligado a la infancia y los valores estéticos que encierran.

En el mes de marzo del presente 2019 presentamos la XVII Concentración de Tractores de La Palma (Cartagena). Se trata de un acontecimiento que muestra las nuevas realidades de la agricultura, en un desfile en el que toman parte cientos de tractores por las principales calles de la población durante una jornada de las fiestas patronales. Algunos de estos vehículos cuentan con una antigüedad de medio siglo, pero predominan mayoritariamente los últimos modelos que deslumbran por sus enormes tamaños,

altas prestaciones y novedosos diseños. En este caso los organizadores son empresarios agrícolas, quienes por un día *toman* el pueblo, exhibiendo orgullosos sus *poderes*. Por la tarde tenía lugar, al menos así lo fue durante unos años, la carrera de cintas en tractores en la que toman parte de manera abrumadora tractoristas casados. No valen las viejas normas de la soltería que obligaba a los concursantes.

Asistimos a algo nuevo que nos muestran quienes son realmente agricultores modernos; hijos, nietos y bisnietos de los desaparecidos campesinos que conformaron nuestro imaginario campero, pero que ahora vocean unos rasgos específicos que no tienen nada ver con el legado de sus mayores.

Pozo Estrecho. La tradición renegociada

El caso más sorprendente lo presenta Pozo Estrecho, donde la carrera ha cambiado de fechas, pasando de las fiestas patronales de enero, en honor a San Fulgencio, a las fiestas de primavera denominadas *Campo, Música y Flores*, que desde hace 30 años justos tienen lugar durante el mes de mayo y parte de junio.

Nos comenta el pintor y fotógrafo Javier Lorente⁶ acerca de los elementos contemporáneos injertados en el tronco antiguo: “Unos años los jinetes las corren de pie sobre las monturas, especialmente si vienen corredores veteranos, que cada vez son menos. Esa era la costumbre de siempre pero en otras ocasiones sentados. Hace tiempo que se rompió aquello de que debían ser solteros. Lo hacen también casados. El año pasado incluso corrieron dos chicas y entre las presidentas pone pañuelo el padrino de las fiestas. Incluso un año estaban en el palco dos hombres porque también lo hizo el presidente de las fiestas”.

Javier destaca que se trata de una adaptación de la tradición a los tiempos actuales para que no se pierdan. El objetivo se cumple con creces porque estas nuevas normas posibilitan que cada vez participen caballistas locales y de pueblos cercanos, ya que cuando se exigía la modalidad tradicional de cabalgada de pie sobre el equino copaban la competición casi en exclusiva los procedentes de El Pilar de la Horada, localidad situada en la provincia de Alicante pero de estrecha vinculación con el Campo de Cartagena. Esta nueva situación genera interrogantes acerca

de la pureza del ritual. Confieso que mi primera reacción fue de extrañeza ante la ruptura de aquello que los siglos nos legaron, un juego de hombres solteros que muestran sus habilidades ante damas de idéntico estado civil. Por tanto, nos asombra la permisividad en cuanto a la participación de corredores casados y de chicas, situaciones del todo antagónicas con respecto a lo que establecían los rigurosos cánones. Esta situación, en principio anómala, genera a su vez una nueva pregunta: “¿Qué sentido tienen las viejas reglas cuando la carrera ya no es un medio para el cortejo amoroso?”.

Quizá poco importe si se inventan o recrean elementos patrimoniales para sostener una identidad compartida, si sirven para producir tejido social, máxime si se exponen particularismos diferenciados con respecto a otros lugares. Aca-so el turismo rural no ha provocado invenciones o innovaciones para dinamizar un determinado tejido económico y cultural en la cuerda floja. En dicho proceso el ente patrimonial se recrea convenientemente con una escenografía *espectacularizada*, en muchos casos. Pero siempre la introducción de cualquier aspecto novedoso llevará aparejado el conflicto, a veces irreconciliable, entre los guardianes del pasado y los innovadores.

Pozo Estrecho propone una renegociación colectiva de la tradición, seleccionando aquello que corresponde a la realidad del presente. Por ejemplo, dando cabida a las mujeres en la competición en consonancia con las conquistas sociales que van alcanzando. Todo por acercar el legado a la sociedad, garantizando su continuidad, aunque el producto final no sea enteramente tradicional. Pensemos que para aquellos que no conocieron otra cosa lo construido ahora aparece como el modelo a seguir, tanto si es un público joven como si se trata de un visitante neófito.

Poco importa si las modificaciones propuestas proceden de un caballista o de un integrante de la organización de las fiestas, pues en la generación del patrimonio cultural caben las individualidades, siempre que cuenten con cierto grado de consenso grupal. Lo importante estriba en que la mayor parte de la comunidad se reconozca en los nuevos gestos y símbolos introducidos, porque sin participación colectiva simbólica, no hay rito. Debemos pensar que los procesos de cambio constituyen toda cultura, ya que ésta ha sido un *continuum* en forma transicional, evolucionando para adaptarse a las nuevas situaciones. Pero

(6) Entrevista realizada en Pozo Estrecho a Javier Lorente Ortega el día 4 de febrero de 2018.

quién puede responder acertadamente a la pregunta: ¿Qué es lo auténtico?

La pretendida autenticidad no deja de ser una construcción cultural cuyas categorías son cambiantes con el paso del tiempo. La llamada tradición no ha sido nunca inmóvil sino fruto de la constante evolución de la cultura que se adapta a las nuevas condiciones de la economía y de la sociedad. En cualquier caso, que cada uno trate

de elaborar su respuesta, si es que alguna vez se ha formulado esa pregunta.

Al final son elementos patrimoniales aquellas expresiones que merecen la estima de la ciudadanía como resultado de la significación que llevan aparejada. No podemos permitirnos el lujo de prescindir de nuevas formas de creatividad compartida. ■

